

Animal de medianoche

SALEM ARCE TAVARES



E1 EDICIONES

Formato del Sur

ANIMAL DE MEDIANOCHE





#LIBROSMA'SALLADESUSOPORTE



@E1EDICIONES



@E1EDICIONES



@E1EDICIONES



@E1EDICIONES

SALEM ARCE TAVARES

ANIMAL
DE MEDIANOCHE

E1
EDICIONES

Índice

Prefacio

Animal de medianoche

Sobre las decisiones precipitadas y la naturaleza
caótica del universo

Coitus interruptus

María y Juana, diosas del mal hábito de la fugaz
sabiduría

Interludio

Animales sin correa

Poema del justiciero

El vals de los deseos

Sobre el duro proceso de germinar

Acerca del autor

Créditos

Prefacio

(O PALABRAS DE INTRODUCCIÓN POR UN NÓMADA INMÓVIL)

Hola, ¿qué tal? Prometo que seré breve.

Sé que este es el primer contacto con el libro, una suerte de carta de presentación del mismo. ¿Cuál es la primera impresión que quiero causar? ¿Le hará justicia al venidero material que pretendo ofrecerles? O más bien debería preguntarme, ¿por qué ustedes, queridísimos lectores, deberían invertir su valioso tiempo leyéndome y más este prefacio en concreto? Porque tenía la ferviente, no, imperiosa necesidad de hacerlo. Si ustedes quieren o no leerlo, es un derecho suyo más que válido en una sociedad democrática como esta.

Para los que me tengan la suficiente paciencia, les contaré cómo nació este libro. Como estudiante de cine, este proyecto era una especie de libreta de ideas para cortometrajes que me gustaría rodar, los cuales no pudieron emerger en el arte audiovisual debido a limitaciones financieras.

Sin embargo, con el tiempo, y como suele ocurrir conmigo, empecé a tomar estas historias como algo más que simples bosquejos de guiones; empecé a usar estas páginas como una especie de diario, donde anotaba ideas personales y experiencias propias, claramente distorsionadas para favorecer la progresión dramática de la historia.

Las ideas fueron adquiriendo una forma propia, alejada de las imágenes, cargada con los méritos propios del arte literario. Finalmente, después de un año de progresivo trabajo, le puse final al último cuento de este recopilatorio de narraciones cortas.

Todas ellas nacieron como una historia simple acerca de un suceso “violento”, creyendo en mi inocencia de novato que escribir algo “adulto” es crear algo meramente sangriento; pero al final evolucionaron hasta convertirse en algo más. En estas páginas están plasmadas mi visión de las

cosas, la relación con el mundo que me tocó vivir, cómo siento la existencia y cómo concibo el arte; ya que el papel es el único verdadero oyente en un mundo de oídos indiferentes.

Además, aprovecho para dejar explícita la relación de este prefacio con la temática general del libro. ¿Cómo? Sincerándome con mi obra una vez más, hablando de mis profundos temores. Veo este libro como un *ticket* de entrada y sin retorno al violento mundo real, donde las feroces críticas, los fracasos y el hundimiento a las profundidades del abismo son el pan de cada día. Temo mostrar esto a alguien más, pero no puedo guardármelo para mí solo tampoco. Siento que debo ser fuerte y abalanzarme con los brazos abiertos al mundo, el cual me recibirá con escupitajos, golpes y patadas; pero prefiero estar golpeado y embarrado en el piso que verme a mí mismo encerrado en mi propio mundo, abatido y deprimido viendo cómo la humanidad me deja atrás en una infinita carrera contra el vacío.

Y es que hay un pequeño detalle que parece ser omitido por casi todo el mundo: detrás de todas las historias que consumimos diariamente, existen personas, gente como tú o como yo, la cual padece los mismos problemas internos que el resto y que siente emociones como todos los demás.

Pero como verás si te adentras más en este libro, sé que las personas no somos más que animales, animales con consciencia, animales que se sienten superiores a sus semejantes por cubrir su desnudez con ropa y no con pelo. Y como animales que somos, vivimos en un mundo regido por la ley del más fuerte, donde puedes ser devorado al más mínimo descuido. Quizá tengamos coches y los árboles fueron remplazados por el concreto, pero en el fondo seguimos siendo las mismas bestias.

Así que ahora me queda a mí afrontar ese cruel mundo, el mundo de todas las profesiones serias, esa invisible y abstracta máquina moledora de carne. Si este libro logra a ser algo más que un simple archivo en el infinito río de la información contemporánea, sabré que hice algo bien en mi vida. Si no, ya saben, nada más soy otra cebra víctima de las garras de un león hambriento.

Disfrute los cuentos, besitos.

Animal de medianoche

Gente, gente por doquier. Es impresionante lo que esta asquerosa especie logró en tan poco tiempo. Y pensar que hace tan solo veinte mil años vivíamos en cuevas y cazábamos con arco y flecha. Ahora tenemos estos enormes edificios que parecen colmenas, calles que fluyen como ríos de corrupción, infestados de vehículos ruidosos y contaminación; nuestros arcos y flechas fueron remplazados con balas de plomo: la misma mierda con diferente color.

Yo veo todo esto, veo a las personas yendo día tras día a sus destinos. ¿Cuáles destinos? Ni la más remota idea; simplemente soy una ínfima parte de su recorrido. Soy como el jodido llanero solitario, un viajero acompañado únicamente por su caballo de metal, diariamente invadido por oficinistas y doñas cristianas y bebés babosos. Detrás del volante, todos los días. Mi vida se restringe a estas paredes de duro y frío acero, con sus puertas y sus ventanas y caras anónimas que se mueven sin pararse a pensar en quién tienen al frente, simples e insignificantes hormigas de esta gran estructura cuadrada e impersonal: la vida de un taxista.

Tomé este trabajo porque los motores siempre fueron mi pasión, un amor que fui cultivando desde mi pubertad cuando mi queridísimo padre me enseñó el oficio. Hacía de camionero bajo su tutela, llevando cargas de aquí hasta allá siempre bajo la vigilia del yugo paterno; él cuidando siempre que la desgracia no se ciñera sobre su pupilo a causa de un descuido de principiante. Con el tiempo mejoré y, a la dulce edad de dieciocho años, empecé a viajar sin mi maestro, acompañado de mis propios pupilos. Acabé casándome con esta vida cuando terminé mis estudios en mecánica a mis veinticuatro años. La boda fue coronada con un regalo de mi padre, un hermoso Porsche Cayenne al que llevé a la luna de miel.

Después de eso, tuve varios años en completa tranquilidad... abrí mi

propio taller mecánico... ganaba bien... conseguí una esposa (esta vez de verdad, no una simple metáfora mamona). Con ella tuve dos preciosas hijas. Mi padre finalmente falleció, un pronóstico que teníamos latente desde hace unos años, cuando le diagnosticaron cáncer de estómago. El funeral, nada del otro mundo. Una persona más que deja esta vida, la única diferencia era que a esa persona que estaba siendo enterrada varios metros bajo tierra alguna vez la llamé papá. Sé que debía estar triste, hacía muecas de dolor fingidas para que nadie pensara que mi corazón era más vacío que la sustancia de un *reality show*. Pero en realidad mi sufrimiento era nimio en ese momento... siempre supe que las personas mueren, sabía que tarde o temprano me llegaría el turno de afrontar ese proceso. Me preparé mentalmente muchos años antes de que siquiera me imaginara cómo morirían mis seres queridos. Pensar como un desalmado hijo de puta... ayuda, aunque quizás esa fortaleza era más fingida que mis lágrimas de cocodrilo; al final ese sentimiento de ausencia es algo contra lo que no se está preparado nunca. No importa cuántas veces me repita que es simplemente mi egoísmo no querer dejar ir a esa persona, desear que siempre esté a mi lado... esos pensamientos son veneno del ego... son pruebas irrefutables del alma humana cegada por los sentimientos.

En fin... a pesar de la mierda presente en mi vida (como en la vida de todos) era feliz en cierta medida... pero no me sentía lleno. Era una sensación de vacío, un hoyo en mi pecho. Un día mientras exploraba la carne de mi esposa, durante ese momento de conexión no sólo física sino espiritual, mi mente recibió la visita de epifanías y visiones de tiempos pasados. Lenta y cariñosamente me despegué de mi mujer y me senté al borde de la cama mientras me rascaba la barbilla.

—¿Qué pasa Jaime? —preguntó mi esposa, con cierta inquietud en su voz. Me volteeé para encararla, mi mirada lánguida penetró su alma.

—Creo que... necesito cambiar mi vida —respondí yo melancólicamente.

—¿Por qué lo dices, cariño? ¿No eres feliz? —replicó ella, buscando mentalmente maneras de elevar los ánimos.

—No lo sé, Marta. Simplemente siento que me falta algo.

–Tienes una familia que te quiere, amigos leales, un buen trabajo y una casa más que decente. ¿Qué te falta?

Mis labios no alcanzaron a pronunciar palabra, pero mi mente albergaba elucubraciones epifánicas que servían de respuesta para las dudas de mi amada. Me faltaba el olor de la carretera, la adrenalina que me inyectaba el misterio del camino en el corazón, ese sentimiento de libertad que me enamoró originalmente de los motores, sentimiento que no podía alcanzar trabajando dentro de un taller. Necesitaba cambiar de vida urgentemente, antes de que las cuchillas de la nostalgia terminaran por drenarme la sangre.

–Necesito... volver a la carretera –musité antes de sumergirme debajo de las sábanas.

Al día siguiente no abrí el taller. Dediqué mi día entero a conseguir trabajo en las serpenteantes calles de esta ciudad. Originalmente tenía en mente volver a conducir grandes camiones, llevando cargas igual de grandes a través de las grandes carreteras transnacionales, idea rápidamente descartada por el peso de la nueva familia presente en mi vida. Resolví por aplacar mis ansias de conducción volviéndome taxista. Con el objetivo ya trazado era hora de sumergirme en... ya saben, la burocracia, la siempre omnipresente y aburrida burocracia. Enfrentar unas cuantas colas, sacar permisos, registrar mi coche, bla, bla, bla, a la mierda. Después de afrontarme satisfactoriamente a las porquerías del mundo civilizado, por fin lo tenía todo: tarjeta de identificación del conductor, carnet del registro de taxis, todo cabrón, todo correcto.

Unos días después empecé a ejercer mi nuevo laburo. Primer día de trabajo, nada recalable, unas cuantas carreras realizadas con el debido respeto y eficacia, monedas y billetes ganados para el ahorro. La primera semana sentía que lo había logrado, aplaqué ese vacío voraz que amenazaba mi cordura. Lastimosamente, ese sentimiento de realización empezó a ser mermado rápidamente una vez más por la monotonía. La misma rutina, la visión de las mismas calles día tras día, el mismo y familiar vacío que abrazaba mis percepciones. Una vez más intenté enfrentar ese sentimiento

desolador cambiando mi rutina y tomé el horario nocturno. De nuevo resultó: la visión de la ciudad nocturna, un ambiente que difiere tanto de las calles bañadas por la luz del sol, llenó el agujero profundo que florecía en mi alma. Pero... ya lo adivinarán, el hoyo no se extinguió, sólo fue temporalmente burlado. Me di cuenta de que quizá ese vacío era inevitable; no importaba qué hiciera, siempre terminaría volviendo. Era un... algo, un algo que nunca imaginé que existía, un algo que no fue contemplado por mi yo más joven; un algo propio del mundo de los adultos, ese desencanto por todo, una forma de concebir el mundo que nace cuando la fascinación del infante, su salvaje imaginación, muere. Finalmente, esa revelación se paró clara ante mí para darme un par de buenas bofetadas: ese vacío sólo se iría si volviera a ver el mundo a través de los ojos de un niño, fascinado por los misterios del mundo circundante que clamaba ser descubierto. Esa es una opción que debía eliminar rápidamente, ya tenía casi cuarenta años, adulto hecho y derecho, era simplemente imposible. Mis ojos se llenaron de lágrimas, nublando mi visión detrás del volante. Recordé el verso de una canción gaucha... “Y la panza de mi vieja es el único lugar al que quiero volver”. Sí, por supuesto, sería fantástico, todos tienen un lugar feliz al que quieren volver. Redoble de tambores.

Unos días, o unas semanas después, no lo sé. Bueno, la cosa es que me encontraba dentro de mi coche, aportando mi granillo de arena para hacer girar este gran sistema de relojería al que llamamos civilización, llevando gente a sus destinos, la misma mierda de todos los días. Ya muy entrada la noche, a eso de las once, recorría no sé qué avenida cuando a lo lejos vi una silueta rodeada por las penumbras de la bóveda, un hombre que me hace señas para que detenga el vehículo. Bajé la velocidad y me detuve justo frente a él. Abrió la puerta del coche y se subió en los asientos traseros. Ya dentro e iluminado por la luz del techo, pude verlo con claridad: un hombre alto y delgado, de larga cabellera y vistiendo un elegante traje negro, sujetando firmemente una de esas enormes maletas de viaje con una de sus manos.

–Buenas noches –me dijo amablemente con una melodiosa voz–. Necesitaré de sus servicios por buena parte de la noche, sólo lléveme adonde le indico y al final de la jornada recibirá una buena paga.

Me limité a asentir con la cabeza mientras mi rostro mostraba una gentil sonrisa de performance. *Este hombre no se viene con rodeos* pensé, *directo al grano, sí señor*. Sin más dilación arranqué.

–La primera parada será en el Cementerio Jardín –dijo mientras se recostaba en la espaldera del asiento forrado con cuero.

Mientras conducía no dejaba de ver a ese misterioso sujeto por medio del espejo retrovisor. Tenía un aire extraño que describiría más bien como sospechoso. Escudriñaba las oscuras calles con su penetrante mirada a través de la ventana. Una de las cosas que más llamó mi atención era un tic nervioso que su busto evidenciaba... contorsionaba su cuello mientras levantaba ambos hombros simultáneamente. Era simplemente inquietante. Lo único que me calmaba era su amabilidad, pero no podía dejar de pensar que era más bien fingida y que tarde o temprano sacaría un cuchillo y me degollaría. Después de estar conduciendo casi quince minutos, finalmente llegué al Cementerio Jardín.

–Espéreme aquí –dijo el sujeto con su suave voz. Bajó del auto llevando esa gran maleta consigo.

En cuanto se fue, lo primero que cruzó mi mente fue pisar el acelerador a fondo, directo hacia la noche para ser engullido por las protectoras sombras del cielo sin sol. Sin embargo, no lo hice, una fuerza mayor que yo me impedía huir despavorido de ese hombre con voz de flauta.

Pasados unos diez a quince minutos más o menos, el sujeto volvió. Se subió en el mismo asiento de antes, justo detrás de mí. Al lado de él depositó la gran maleta. Sin embargo, esa carga tenía algo diferente ahora... quizá fue simplemente mi impresión engañada por la oscuridad de las calles, pero sentía como si el equipaje que llevaba adentro se hubiera aligerado. ¿Eran acaso sus ahora más gráciles movimientos? ¿O eran más bien mis ansias por encontrarle un sentido a la actitud de ese hombre? Tenía un nudo en la garganta que me dificultaba tragar mi saliva.